

EL MAGO
DE LOS LIBROS

A

JIM C. HINES

EL MAGO
DE LOS LIBROS

Traducción de Emilia Ghelfi

Hines, Jim C.

El mago de los libros / Jim C. Hines. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2015.

480 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Emilia Ghelfi.

ISBN 978-950-02-9854-4

1. Literatura Infantil y Juvenil Estadounidense. 2. Narrativa Fantástica. I. Ghelfi, Emilia, trad. II. Título. CDD 813.9282

El mago de los libros

Título original: *Libriomancer*

Copyright © 2012 by Jim C. Hines

Traductora: Emilia Ghelfi

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: noviembre de 2015

ISBN 978-950-02-9854-4

Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,

Comandante Spurr 631, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

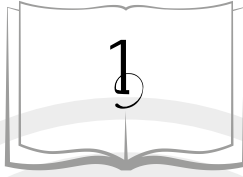
en noviembre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



Para Carl y Joan



Algunas personas dirían que es una mala idea llevar una araña de fuego a una biblioteca pública, y probablemente tendrían razón, pero traerla a mi trabajo era mejor que dejarla sola en casa nueve horas seguidas. La única vez que probé, Smudge había expresado su disgusto quemando la película que cubría su pecera, metiéndose en el canasto de la ropa para lavar y prendiendo fuego a las prendas que estaban allí hacía dos semanas.

Los bomberos habían llegado a tiempo para impedir que se quemara toda mi casa. Recuerdo haberlo buscado en el desastre pasado por agua en que se había convertido mi cuarto, hasta que encontré a Smudge acurrucado en una esquina. Todavía salía vapor de su cuerpo cuando corrió a mi hombro y se aferró allí como aterrado de que fuera a abandonarlo de nuevo. Y luego me mordió la oreja.

La araña de diez centímetros era un recordatorio de lo que había dejado atrás, un último fragmento de esa otra vida. Si la magia fuera como la bebida, Smudge sería tanto la medalla a la sobriedad como la botella de whisky que mantendría cerca para no recaer.

Mientras estaba en el trabajo, se quedaba en una jaula de acero para pájaros detrás de mi escritorio, a salvo, lejos del alcance de los niños pequeños. Más importante aún, mantenía a los niños pequeños a salvo, lejos del alcance de Smudge.

Según una serie de pruebas que llevé a cabo con un termómetro infrarrojo, las llamas de Smudge podían alcanzar temperaturas que superaban los trescientos grados, casi lo mismo que un mechero de Bunsen. Sospechaba que podía generar más calor, pero, como solo se encendía cuando estaba asustado o amenazado, me parecía cruel llevar adelante ese particular proyecto de investigación.

Por no mencionar el hecho de que yo tenía oficialmente prohibido hacer todo tipo de investigación de magia. Mis tareas eran mucho más sencillas.

Suspiré y tomé el viejo escáner de código de barras. Los años habían amarilleado la empuñadura de plástico, y la cuerda que salía del mando había sido reforzada con cinta aisladora en más de una oportunidad. Por tercera vez esa tarde, pasé el rayo rojo por la contratapa de la última novela de Charlene Harris.

El LED del escáner emitió una luz verde, y la computadora un alegre “bip” mientras la pantalla se poblaba de lo

que deberían haber sido los detalles de la novela de misterio fantástica de Harris, pero que nuestro sistema insistía en reconocer como *La alegría de cocinar encurtidos II*, de Charlotte F. Pennyworth.

Dejé el inútil escáner a un lado, borré el registro y comencé a entrar manualmente la información del libro en la base de datos de la biblioteca de Copper River. Sin el escáner, me llevó media hora ingresar el resto de los libros nuevos al sistema.

Cuando terminé la pila, eché un vistazo a mi alrededor. La señora Trembath tecleaba con dos dedos en una de las terminales informáticas para el público, probablemente reenviando más inspiradoras fotos de gatos a sus nietos. Karen Beauchamp estaba acurrucada en un puf en la sección para niños, leyendo *El color púrpura*.

Los padres de Karen se habrían molestado al saber que estaba leyendo libros que no habían aprobado personalmente. Hice una nota mental de guardar una sobrecubierta bonita e inocua con la que Karen pudiera cubrir la tapa.

Dejándolas a ellas de lado, la biblioteca se encontraba vacía. La concurrencia había sido escasa toda la tarde, ya que la gente aprovechaba el sol del verano.

Saqué un péndulo de ópalo de fuego y coloqué la piedra anaranjada en el centro del teclado. La pantalla parpadeó, y se abrió una nueva ventana. Un simple logo circular mostraba un libro abierto grabado en un escudo medieval encima de las letras *DZP*.

Esta base de datos no tenía nada que ver con la biblioteca de Copper River. Después de haber catalogado los nuevos libros, era hora de hacer todo de nuevo. Comencé con uno titulado *Corazón de piedra*, una novela paranormal sobre una detective mitad gorgona que se involucraba con un sensual asesino a sueldo de la mafia. La historia no tenía nada inusual, pero el asesino usaba lentes de sol encantados que le permitían ver la magia y lo protegían de la mirada de la detective. “Esos podrían ser útiles en el trabajo de campo”, pensé. Ingresé la descripción y los números de página. El autor también sugería que las lágrimas de la mitad gorgona tenían propiedades afrodisíacas y eran potencialmente adictivas, que constituían detalles para tener en cuenta cuando salieran las secuelas.

Uno por uno, fui ingresando el resto de los libros. Copper River era una ciudad pequeña, pero teníamos la mejor colección de ciencia ficción y fantasía de toda la Península Superior. No es que la Península Superior de Michigan fuera un lugar muy populoso, pero compararía nuestro catálogo con el de cualquier biblioteca del estado. Yo había leído los tres mil títulos que cargaban los viejos estantes de madera de nuestra sección de Ciencia Ficción y Fantasía.

La mayoría de esos libros fue comprada a través de un subsidio del Instituto Johannes Porter para la Alfabetización, una de las corporaciones que encubría a Die Zwelf Portenære. Ese subsidio pagaba la mayor parte de mi salario y mantenía a la ciudad bien aprovisionada de ficción.

Todo lo que tenía que hacer era seguir catalogando nuevos libros para los centinelas.

Más bien, eso era todo lo que tenía permitido hacer.

—Ey, señor V. —Karen había bajado su libro—. ¿Le pasa algo a Smudge?

Me di vuelta justo cuando un pequeño trozo de la grava de obsidiana que cubría el piso de la jaula de Smudge caía al suelo. Smudge se movía en rápidos círculos, y habían comenzado a salir volutas de humo de su lomo.

Me puse de pie de un salto y tomé mi ajada mochila de detrás del escritorio. Esmerándome por ocultar la jaula con el cuerpo, saqué una bolsa de caramelos y dejé caer uno al lado del plato de agua de cerámica incrustado en la grava.

—¿Qué pasa, compañero?

Smudge me ignoró y al dulce también. No era una buena señal. La señora Trembath olfateó el aire.

—¿Se quema algo?

Busqué en la biblioteca, tratando de determinar quién o qué estaba poniendo nervioso a Smudge. Ni Karen ni la señora Trembath me parecieron peligrosas, pero confiaba más en el juicio de Smudge que en el mío propio. Sus advertencias me habían salvado la vida tres veces. Cuatro, si contaba ese asunto con el lebrílope rabioso.

—Debe de ser un problema con la calefacción. Lo siento, pero tengo que cerrar la biblioteca hasta que pueda conseguir que alguien venga a revisarla. —Karen se inclinó sobre el escritorio hasta la mitad, en busca de la fuente de humo.

Tomé un libro de tapa blanda y le palmeé la espalda—. Eso significa que tú también debes retirarte.

—Quisiera que mis padres me dejaran tener una tarántula —murmuró mientras caminaba hacia la puerta—. Si alguna vez necesita que lo cuide por usted...

—Serás la primera persona que llame. —Recordé la última vez que la familia de Karen había estado aquí y agregué rápidamente—: Si me prometes no usarlo para aterrorizar a tu hermanito.

—No lo haría —dijo, con los ojos traviosos de una niña de doce años—. Pero si por casualidad Smudge se escapa y entra en el baño mientras Bryan se está lavando los dientes...

—Hasta luego. —Le di un último golpecito en broma con el libro. Lamentablemente, mientras Karen salía, la señora Trembath había llegado renqueando hasta el escritorio. Apuntó con el bastón de aluminio hacia la jaula de Smudge.

—Isaac, ¡tu pobre araña se está incendiando!

—No... —¡Ay, maldición! Rojas llamaradas habían comenzado a ondear sobre el lomo de Smudge. Me apresuré y tomé el brazo de la señora Trembath, pero era difícil apurar a una abuela de ochenta y tres años. Logré encaminarla hacia la puerta y luego volví para ver a Smudge.

Eso fue un error, porque la señora Trembath volvió detrás de mí. Había dejado el bastón junto a la puerta, y su cara arrugada estaba tensa por la determinación mientras levantaba los brazos temblorosos y apuntaba con un extinguidor rojo a la jaula de Smudge.

—¡No! —Me puse delante de ella mientras un aire helado salió expulsado de la boquilla del extinguidor. No dañaría nuestros libros, pero no tenía idea de qué podía hacerle a una araña de fuego. Contuve el aliento y apreté los ojos. Oí libros y papeles que volaban detrás de mí. En el momento en que la corriente se apagó, me estiré a ciegas para alejar el extinguidor de un golpe.

Me lagrimeaban los ojos. Tuve que controlarme para no frotarlos, lo que solo hubiera logrado irritarlos más. Tenía la camisa y las manos cubiertas de un polvo blanco.

—¡Se sigue quemando!

Miré a Smudge. Cuando los químicos del extinguidor se dispersaron, las llamaradas de Smudge adquirieron aún más altura, tomando una coloración anaranjada. Los ocho ojos miraron a la señora Trembath con lo que solo podría describir como puro odio arácnido.

La anciana regresó a la puerta para tomar al bastón, que levantó con ambas manos como si fuera una espada samurái.

—¡Al menos sacrifícalo y sálvalo de tanto dolor!

—No se está quemando. Es... bioluminiscente. —Dudé de que la señora Trembath pesara más de cuarenta y cinco kilos, pero había criado cinco hijos, y probablemente podía enfrentar a toda una manada de lobos con pura obstinación.

Y más me preocupaba porque la última vez que había visto a Smudge tan espantado había sido por una amenaza mucho peor que los lobos.

—¡Isaac Vainio, sal de mi camino y déjame ayudar a esa pobre criatura!

La magia habría terminado con este enfrentamiento, pero ya había cruzado los límites al quedarme con Smudge. Hasta el hechizo más pequeño podía hacer que me arrastraran a Illinois para dar explicaciones a Nicola Pallas, la maestra regional de los centinelas.

En cambio, me crucé de brazos y dije:

—Smudge está bien, pero realmente tengo que ocuparme del problema de la calefacción.

—No está bien, está...

—¿Está cuestionando mi autoridad? —Abrí grandes los ojos, exagerando lo más posible. Con una falsa voz militar, le pregunté—: ¿Es usted consciente de que la sección seis punto dos del acuerdo de usuario de la biblioteca de Copper River me da autoridad para que le retire su tarjeta de lectora, *incluidos los derechos para usar internet*?

Bajó el bastón y entrecerró los ojos.

—No te atreverías.

Me incliné más cerca y susurré:

—Un bibliotecario tiene que hacer lo que un bibliotecario tiene que hacer.

Nos miramos fijamente unos cinco segundos antes de que ella cediera. Con una risita, me clavó un dedo en el pecho.

—Entonces, ¿por qué no lo vi brillar antes?

—Por lo que comió —respondí rápidamente—. Anoche se escapó y salió. Debe de haber tragado al menos una docena

de luciérnagas antes de que lo atrapara. —Me detuve rogando que no supiera suficiente bioquímica como para descubrir una excusa tan débil.

Se echó atrás.

—Quizá si le dieras comida de verdad en lugar de dulces, no tendría que escaparse a escondidas.

—En casa tiene grillos. —Miré alrededor nervioso mientras la acompañaba a la puerta. Todavía no sabía qué había encendido a Smudge, y cuanto antes se fuera la señora Trembath, más segura estaría—. ¿La veo mañana por la tarde?

—Eso espero.

A través de las ventanas, la observé caminar hacia su vieja camioneta azul, a la que se refería con cariño como el Hipopótamo Oxidado. Cuando se alejó, detecté tres personas que se acercaban a la biblioteca. Estaban demasiado abrigadas para el verano, incluso en la Península Superior. Tenían la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Cerré la puerta con llave, aunque, si Smudge tenía razón, probablemente no fuera de gran ayuda. El trío se detuvo para mirar la dirección de la oficina postal al otro lado de la calle. Una buscó en el bolsillo y sacó un trozo de papel arrugado. La mano le brillaba como una bola de discoteca bajo el sol de la tarde mientras observaba los edificios. Tapó la mano con la manga un segundo después, pero ese único vistazo fue suficiente para identificarlos como *Sanguinarius Meyerii*, conocidos informalmente como “brillantes”, porque brillan a la luz del sol.

Regresé al escritorio.

—Sabes, serías mucho más útil si pudieras hablar.

Smudge siguió corriendo en círculos; las llamas ascendían como pequeños banderines naranja de su lomo. Nunca se equivocaba respecto del peligro, pero no podía decir si ese peligro era un meteorito que se dirigía hacia el techo o un alce apasionado corriendo fuera de control por el estacionamiento.

O un trío de vampiros.

Abrí la puerta de la jaula. Smudge salió arrastrándose y de inmediato desapareció debajo del escritorio.

—Cuidado —le advertí—. Si le prendes fuego a este lugar, me quedo sin trabajo.

La ya familiar adrenalina corría por mis extremidades mientras buscaba los libros recién catalogados. Quizá tuviera prohibido usar la magia en circunstancias ordinarias, pero esto calificaba definitivamente como algo extraordinario. Tomé el último libro de Ann Crispin, *El espejo de Vulcano*, una aventura espacial de la vieja escuela ubicada en un universo paralelo, poblado por maléficos chivos.

No tenía memoria fotográfica, pero el entrenamiento y la aptitud natural me habían acercado bastante a eso. Di vuelta las páginas hasta el capítulo ocho y recorrí con la vista la escena donde un asesino lagartiano estaba reptando por el corredor de su nave espacial con una pistola disruptora en la mano.

La autora había descrito la escena con vívidos detalles: el metal duro y filoso en las esquinas del mango del arma,

el leve calor en la palma del asesino proveniente de la fuente de electricidad, el brillo azul metálico del cañón mientras observaba al guardia de seguridad de camisa roja... detalle tras detalle: con cada uno pintaba la escena en la mente del lector. Y la volvía real.

La magia de los libros o libromancia era en muchos sentidos la magia de un perezoso. No había varitas mágicas, ni hechizos sofisticados, ni encantamientos antiguos. No había pases de magia, pociones ni runas. Nada más que palabras en la página, la creencia colectiva de los lectores y el amor por el relato del libromante, es decir, el mago de los libros.

El amor era la clave para acceder a esa creencia y ese poder. Y esta serie había sido una de mis favoritas cuando era niño.

Mis dedos recorrían las palabras: sentían la rugosidad del papel, la curva de la página cerca del lomo. Tenía la boca seca y el corazón me latía como cuando era pequeño y estaba a punto de besar a una niña por primera vez.

Recordé los días en que iba a cazar con mi hermano y mi padre, mi respiración lenta y firme cuando alineaba las miras de mi rifle. Inhalaba profundo, exhalaba y lentamente apretaba el gatillo.

Mis dedos pasaron a través de las páginas a otro universo. Sentí el aire cálido, húmedo, de la nave en la piel. Flexioné la mano observando el movimiento de los dedos, que parecían terminar a la altura de los nudillos.

Fui más profundo hasta que toqué la piel seca y escamosa del brazo del asesino. No había vida de verdad en la

carne de ese alienígena. Esto era meramente la manifestación del convencimiento. Real o no, el asesino tenía una mano fuerte, y tuve que tironear para liberar el arma.

La pistola disruptora estaba muy caliente. Era lo bastante grande como para que tuviera que ponerla de costado si quería que pasara por los bordes del libro. Cuando retiré la mano, magia y relato se volvieron reales. Ahora sostenía con fuerza una pesada pistola de acero azul con un mango ancho y un cañón tan largo como mi antebrazo. Deslicé el dedo por el guardamonte diseñado para dedos del tamaño de una salchicha y escondí el arma detrás de la espalda.

La puerta de la biblioteca se abrió de par en par; el marco de roble se astilló como si fuera madera balsa. Un miedo frío cubrió la excitación y la maravilla de la magia, urgiéndome a luchar o huir.

No era probable que ninguna de las dos opciones funcionara contra los vampiros.

Me incliné sobre el escritorio, haciendo todo lo posible por no demostrar preocupación.

—Lo siento, la biblioteca está cerrada a causa de un problema con la caldera. Si desean volver mañana por la mañana...

—¿Isaac Vainio?

Hasta ahí llegó la leve esperanza de que no estuvieran detrás de mí. La que hablaba era una adolescente, de unos quince años. Esa era la edad a la que la habían convertido, en todo caso. Usaba un suéter con capucha y demasiado maquillaje. Su cabello, corto y negro, sobresalía por debajo

de la capucha, y tenía una bufanda roja anudada al cuello. De su hombro izquierdo colgaba una vieja mochila. Sus apagados ojos rojinegros nunca se apartaron de los míos.

Sus compañeros eran un corpulento hombre moreno y una mujer pálida, de edad mediana, con un impermeable que le llegaba a los tobillos. El impermeable tenía un estampado de flores brillantes en flagrante contraste con la furia y el hambre en sus ojos. El hombre tenía una gorra de los Green Bay Packers, y parecía que había sido tallado a medida para ser un matón profesional.

—Soy yo —dije, señalando la credencial de plástico sujeta al bolsillo de mi camisa. El polvo blanco del extinguidor cubría la mayor parte de mi foto con la boca abierta—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Información y retribución. —Se sacó la capucha y estiró la cabeza, como si tratara de asegurarse de que estaba solo. Entreabrió los labios, revelando unos dientes torcidos, y me pregunté por un instante si la ortodoncia tendría algún efecto en los vampiros—. Debes tener más cuidado al elegir amigos, Isaac.

Estudí al trío con más detalle. Estaba seguro de que nunca antes los había visto. Por lo tanto, no eran de la zona. Además, eran relativamente jóvenes, porque los *Meyerii* solo habían comenzado a aparecer en 2005.

Había leído casi todos los libros de vampiros escritos en inglés, alemán, español y francés. En los últimos años, los autores habían dejado de lado muchos de los rasgos más monstruosos de estas criaturas. Más específicamente,

habían eliminado muchas debilidades también. Atacar a los *Meyerii* con la luz del sol, ajo o estacas en el corazón era casi tan útil como tratar de matarlos con cosquillas.

Tuve que usar toda mi concentración para acallar la voz en la cabeza que me susurraba que estaba a punto de morir. Traté, en cambio, de enojarme.

—Dos años, tres meses y dieciséis días.

Los ojos rojos se entrecerraron.

—¡Sujételo!

La mujer de edad mediana gruñó. Su abrigo aleteó bruscamente cuando se movió, demasiado rápido para que la viera. Sus manos sujetaron mis brazos y me levantó del piso.

—Ese es el tiempo que hace que no uso magia. —Mis palabras eran roncas, forzadas por el miedo y la adrenalina. Incrusté el cañón del arma en su costado y apreté el gatillo.

Una energía verde salió de su sección media. Me tiró, con los ojos abiertos de pánico, y sostuvo con ambas manos el hueco, como si tratara de mantenerse unida. La energía tardó menos de un segundo en devorar su cuerpo, sin dejar más que un débil olor a ozono en el aire.

Apunté a la joven, con la esperanza de que estuvieran tan aturdidos por la pérdida de su compañera que me permitieran disparar otro tiro. No tuve suerte. Me arrebataron la pistola disruptora de la mano, y algo del tamaño y la potencia aproximados de una camioneta me arrojó al otro lado de la sala. Di contra los estantes y caí al piso mientras me cubría una lluvia de libros.

El de la gorra, al que internamente llamé “Green Bay”, me había lanzado contra la sección de novelas románticas. No había mucho que pudiera usar allí, aunque la habitación no estuviera girando como una mala vuelta al mundo, impidiéndome concentrarme. A lo sumo, podría haber sacado una espada de una de las novelas de las Tierras Altas de Escocia, pero no significaría mucho contra estos dos. ¿Dónde había una buena capa para volverse invisible cuando se la necesitaba de verdad?

Green Bay me levantó con una sola mano, estampándome contra los estantes con suficiente fuerza como para comprimir mi caja torácica.

—Si, aunque más no sea, mira otro libro, rómpele los brazos. —La muchacha se acercó y tomó la pistola disruptora de la mano de su compañero. Me clavó el cañón en el costado. El metal estaba tan caliente que quemaba.

—Si quieren un carné de biblioteca, tendrán que llenar uno de los formularios amarillos —dije, como si un chiste viejo fuese el último refugio contra el terror y la muerte inminente.

La muchacha se subió de nuevo la capucha. Era varios centímetros más baja que yo, pero el hambre feroz en esos ojos rojos la hacía parecer enorme.

—Debiste habernos dejado en paz, Isaac.

Sentí gusto a sangre. Quizá me había mordido la parte interna de la mejilla al golpear contra los estantes. Tragué, tratando de minimizar el olor.

—Se dan cuenta de que ustedes tiraron abajo mi puerta, ¿no?

Su voz hizo cosquillas dentro de mi cabeza, como un ciempiés reptando por mi corteza cerebral.

—*Dime cuál de los centinelas nos ha estado persiguiendo.*

—Estoy retirado del trabajo de campo. —Aun después de más de dos años, las palabras me atormentaban—. Y nunca perseguí vampiros. Dejamos que ustedes se controlen entre los de su especie. Los autómatas se ocupan de cualquier descarriado que sus señores no puedan manejar.

Su voz se volvió suave, y los ciempiés cavaron más profundo. La mayoría de los *Meyerii* no tenía poderes psíquicos. Esta podría ser otra maldita híbrida. Uno de estos días, los experimentos vampíricos de transfusión iban a crear algo que no pudieran manejar.

—*No me mientas, Isaac. Me darás sus nombres.*

—Soy un libromante. Los trucos mentales no funcionan conmigo. Solo el dinero. —Cuando todo lo demás fallaba, caía en citas de películas.

—¡Maldición! —Se dio vuelta y se alejó.

—Eres nueva en esto de ser vampiro, ¿no? —pregunté, haciendo todo lo posible por controlar la respiración—. Probablemente no estabas aquí la última vez que uno de ustedes se enfrentó cara a cara con los centinelas. No fue agradable. Veintitrés vampiros descarriados marchando por las calles de Nueva Orleans versus un viejo guerrero mecánico. Solo se necesitó un autómata para reducir a esos vampiros a veintitrés pilas de polvo y ceniza. —Podría haber sido un mero catalogador, pero todavía era un

miembro de Die Zwelf Portenære. Matar a un centinela era una sentencia de muerte, y me convenía que lo supieran.

La muchacha no me miró, pero pude sentir que el otro se movía nervioso.

—No tengo idea de lo que está pasando, pero, si estuviera involucrado, ¿creen de verdad que les permitiría entrar por la puerta de adelante? ¿Que me dejaría capturar tan fácilmente? ¿Que estaría usando una identificación con mi nombre?

La atención de la chica voló a la identificación plástica. Limpió con el pulgar el polvo y observó la foto lavada que me hacía parecer algo vampiro a mí también.

Si no hubiera estado dos años sin practicar, habría tenido algo mejor que un revólver de rayos para esperarlos. Allá por los días de *Drácula*, los humanos tenían una oportunidad de luchar contra los muertos vivos. Pero cuanto más evolucionaron de monstruos a superhéroes ansiosos y sensuales, más se habían desvanecido las posibilidades de que un ser humano sobreviviera a un encuentro con un vampiro.

—Es un buen punto, Mel. —La presión de Green Bay se redujo ligeramente—. No parece gran cosa. No es nada más que un bibliotecario.

—¿Qué quieres decir con nada más que un...?

Me estampó de nuevo contra el estante sin siquiera parpadear.

—Está mintiendo —insistió Mel.

—Soy muy malo mintiendo —dije rápidamente—. Pregúntale a cualquiera.

Mel dio un paso atrás y dejó la pistola disruptora sobre el escritorio.

—Pasaremos un lector por sus pensamientos.

Un lector de los de ellos, claro, perteneciente a una de las especies de vampiros que podían absorber los pensamientos y las experiencias de sus víctimas. Quizá me quedaban algunas horas de vida después de todo. Tenían que llevarme a cualquiera que fuera el nido de donde habían venido, probablemente Detroit. Si pudiese echar mano de otro libro, o incluso hacer una rápida llamada telefónica...

Mel abrió su mochila y sacó un gran recipiente y un cor-taplumas.

—Desángralo. Su sangre le dará al lector los recuerdos que necesita.

—¡Un momento, se supone que tienen que darle tiempo al prisionero para negociar! Es lo tradicional. Soy un libromante, ¿recuerdan? ¿Quieren dinero? Llévenme a la sección de Historia y les daré el Diamante de la Esperanza. —Dirigí mi atención a Green Bay—. ¿O un anillo del Super-tazón de los Packers? Denme dos minutos en la sección de deportes, y es todo suyo.

El hombre siguió mi mirada, pero Mel lo golpeó en el hombro.

—¿Qué va a hacer? —protestó él—. ¿Atacarnos con una pelota de fútbol?

—No vamos a darle a un libromante más libros. —Mel clavó su uña pintada de negro en el hombro de Green Bay, puntualizando cada palabra.

Un golpe cansado en el marco roto de la puerta hizo que los dos vampiros se dieran vuelta.

—¡Fuera de aquí! —grité, tratando de advertir a quienquiera que fuese. Tomé los dedos de Green Bay tratando de separarlos, pero fue como tratar de doblar acero. Patearlo en el estómago fue igualmente inútil.

—La biblioteca está cerrada —farfulló Mel.

Se escucharon pisadas sobre la madera y los vidrios rotos. Cuando vi quién había entrado, mi cuerpo se aflojó de alivio.

Lena Greenwood era la heroína menos impresionante que jamás se hubiera visto. Era varios centímetros más baja que yo y corpulenta, pero grácil como una bailarina. No sabía su verdadera edad, pero parecía tener poco más de veinte años, y era casi tan intimidante como un oso de peluche. Un oso tremendamente sensual, pero no alguien de quien se esperara un enfrentamiento cara a cara con un monstruo promedio.

Algunos mechones de cabello negro enmarcaban sus ojos oscuros; su sonrisa alegre la hacía parecer como si hubiera entrado en una fiesta sorpresa. Vestía una chaqueta de motociclista de cuero negro, del tipo que tiene refuerzos interiores de plástico para proteger los hombros, los codos y la espalda. La camiseta que lucía debajo estaba sucia, al igual que sus jeans y las zapatillas altas de color rojo. Tenía un par de *bokkens*: sables curvos de madera que combinaban con el tono trigueño de su piel.

—¿Vampiros? —preguntó.

Logré asentir.

—No quisieron pagar las últimas tarifas.

—Quizá quieras acompañarnos —dijo Mel, y le gritó a su compañero—: ¡Asegúrate de que está sola!

Green Bay me soltó y atravesó la biblioteca como un rayo. No vi lo que sucedió después, ocupado en caerme y tratar de sujetarme dolorido, pero, cuando miré al vampiro, lo vi clavado en la pared como un insecto con uno de los sables de madera de Lena saliéndole del pecho.

Gruñó y tomó la empuñadura tratando de liberarse. La cuestión de la estaca en el corazón no funcionaba con los *Meyerii*, pero parecía incapaz de soltarse o retirar el arma de Lena.

—¿Qué le hiciste? —reclamó Mel.

La lucha del vampiro se volvió más frenética cuando Lena le dio la espalda y caminó hacia nosotros.

—La madera está viva —dijo suavemente—. Echó raíces.

—Todavía tienes tiempo de salir corriendo —le advertí a Mel.

La vampiro corrió hacia la pistola disruptora. Lena embistió blandiendo su restante sable con las dos manos en un golpe por encima de la cabeza que alcanzó al arma antes de que la otra pudiera apretar el gatillo. Chispas verdes salieron escupidas del cañón, pero nada más. Mel pateó la disruptora lejos y me tomó del cuello; sus uñas me perforaban la piel.

—¡Lo voy a matar!

Lena apoyó la punta de su sable de madera en el piso, doblando las dos manos sobre la empuñadura. Tenía los ojos inyectados en sangre y el labio inferior, hinchado.

—Estoy tentada de permitirte. ¿Qué te pasa, Isaac? ¿Cómo dejaste que un par de vampiros te atrapasen de este modo?

—Eran tres —la corregí; apenas tenía voz por la presión en la garganta—. Me deshice de una.

—¿Con tu revólver de juguete? ¿Ese que te sacaron enseguida? —Sacudí la cabeza—. ¿Toda una biblioteca y eso es lo mejor que puedes hacer? ¿Cómo lograste sobrevivir cuando trabajabas en el campo?

—Me echaron a patadas del campo, ¿recuerdas? Además, estoy fuera de práctica. —Pero ella tenía razón. Había escudos que me habrían protegido de los ataques de vampiros, rayos para controlar la mente y muchas cosas más.

—Cállense, los dos. —La mirada de Mel se posó en su compañero, que seguía retorciéndose y luchando. Me imaginé pequeñas raíces atravesándole el cuerpo, anclándolo a la pared, y me estremecí.

Un movimiento por encima de la cabeza me llamó la atención, pero no desvié la vista de los ojos de Mel, para que su mirada no se dirigiera a la araña de fuego que se deslizaba por un hilo de seda desde el cielorraso. Smudge descendió los últimos treinta centímetros más o menos para aterrizar con suavidad sobre la cabeza de Mel como una peluda corona roja y marrón.

Una corona furiosa y en llamas.

De repente, una llamarada corrió por el cabello de Mel, que gritó y comenzó a dar vueltas, lanzando a Smudge por el aire hacia las computadoras. Me aferré al estante superior, levanté ambos pies y empujé.

Probablemente los vampiros fueran fuertes, pero el cuerpo de Mel era puramente humano, y yo tenía la física de mi parte. Trastabilló de tal manera que se quebró un hueso, pero se enfrentó a Lena con furia. Parecían volar por la biblioteca. Mel la tiró al piso junto a uno de los estantes de libros espiralados, que le cayó encima con un fuerte ruido. La vampiro le buscó la garganta, pero Lena fue más rápida: la tomó del brazo a la altura de la muñeca y se lo retorció.

Muerta viva o no, Mel todavía podía sentir dolor. Hice una mueca al escuchar el ruido seco que indicaba que se le había dislocado el brazo. Detrás de ellas, Green Bay soltó un gruñido animal y trató de soltarse. La pared que tenía detrás se agrietó.

Recuperé *El espejo de Vulcano* y recorrí las páginas hasta que recuperé la magia que había usado antes. Tomé la pistola disruptora y la arrojé dentro del libro, permitiendo que el texto devolviera al arma dañada su forma y su función originales, antes de liberarla una vez más. No era la jugada más segura, pero los vampiros homicidas calificaban como “circunstancias atenuantes”.

Green Bay logró soltarse y, dando un grito animal, se llevó un buen trozo de pared con él. Mientras se tambaleaba

hacia Mel y Lena, inspiré con fuerza y apreté el gatillo. Solo quedó una llamarada de energía verde en donde había estado el vampiro.

Lena levantó a Mel.

—Tu turno. ¿Quién ordenó el ataque en Dearborn?

—¿Qué ataque? —intervine. Lena vivía en Dearborn, lo que me hizo pensar en qué la había traído precisamente a mi biblioteca.

—Cállate, Isaac.

Mel cerró el puño y lo dirigió con fuerza hasta impactar con la mandíbula de Lena. Por la forma en que gritó, el golpe le dolió tanto a ella como a Lena, pero fue suficiente para dejarla libre. Saltó hacia mí.

Disparé una última vez y Mel desapareció.

Lena recogió el sable que le quedaba. Yo había vaporizado el otro junto con Green Bay. De espaldas a mí, pasó los dedos sobre la madera.

—¿Por qué hiciste eso?

Su tono apagado me tomó de sorpresa.

—¿Por qué le disparé a la mujer que trató de cortarme el cuello?

—Estaba derrotada. No tenías que matarla.

—¡Tú te deshiciste de su compañero con una de tus espadas!

—Lo detuve, así como la habría detenido a ella. —Con un suspiro, se dio vuelta hacia mí—. Eran humanos hasta que la magia los convirtió en otra cosa. ¿Crees que esa chica entendía de verdad en qué se convertiría?

Recogí el cortaplumas que Mel había dejado caer. Una vez pasada la amenaza inmediata, me sentía bastante inestable.

—Tendría más compasión si no fuera por la parte en que trató de cortarme el cuello.

—¿Qué te dijeron?

—Pensaban que uno de los centinelas había estado cazando vampiros y querían que les dijera quién estaba involucrado. —Me puse de rodillas y me arrastré debajo de los escritorios de las computadoras, buscando entre los cables enredados alguna señal de Smudge. Lo encontré escondido en un nido de cables azules. Por el olor a plástico quemado, tendríamos que llamar al técnico de la computadora en la mañana, pero Smudge parecía sano y salvo. Corrió hacia mi hombro, dejándome pequeños puntos negros en la manga.

—¿Y qué les dijiste? —preguntó Lena.

—Nada. Estoy retirado, ¿recuerdas? Nadie me dice nada. —Tomé de nuevo *El espejo de Vulcano* y fui hasta el capítulo ocho. Busque los bordes interiores carbonizados, pero esta era una nueva edición, y las páginas estaban limpias del deterioro mágico. Disolví la pistola disruptora de nuevo en el texto y devolví el libro a su lugar—. Gracias.

Lena levantó una de las mesas que se habían caído.

—De nada.

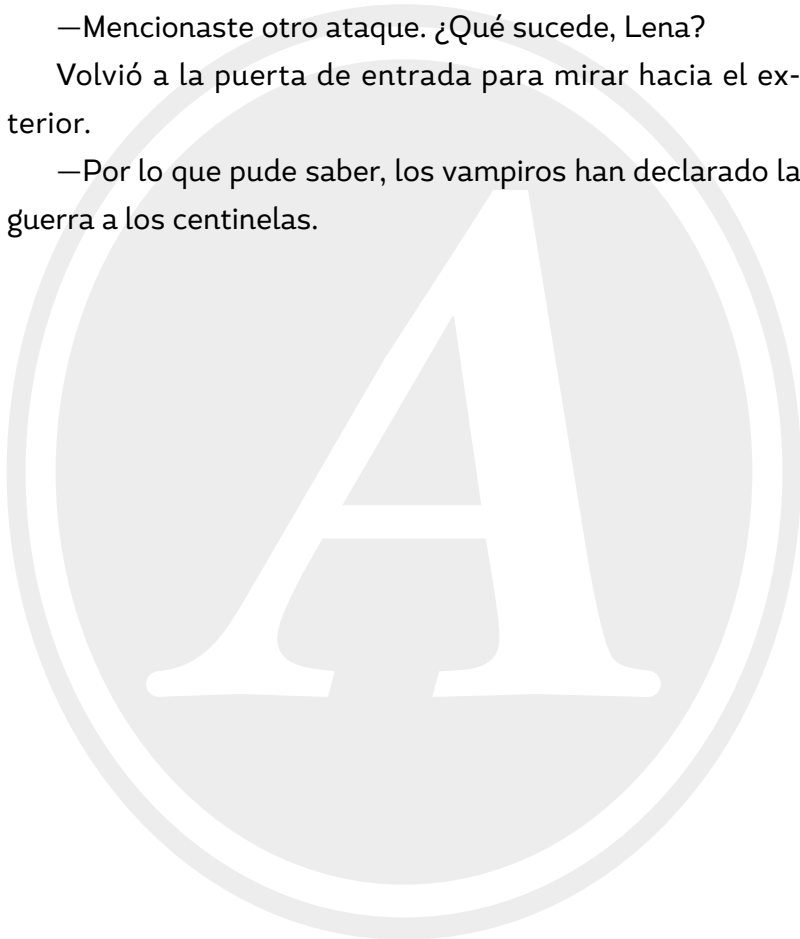
No había visto a Lena desde que me mudé al norte, hacía ya dos años. Lo último que había sabido de ella era que era la única dríada que vivía en América del Norte y ahora

trabajaba como guardaespaldas para la doctora Nidhi Shah, una psiquiatra del sur del estado, que trabajaba con una serie de clientes “inusuales”. Incluido yo, en su momento.

—Mencionaste otro ataque. ¿Qué sucede, Lena?

Volvió a la puerta de entrada para mirar hacia el exterior.

—Por lo que pude saber, los vampiros han declarado la guerra a los centinelas.





La idea de que los vampiros declararan la guerra a los centinelas era tan ridícula como que la Península Superior entrara en guerra contra Canadá.

Conocidos originalmente como Die Zwelf Portenære o Los Doce Porteros, los centinelas habían estado dando vueltas desde hacía aproximadamente medio milenio. Los doce originales habían sido nueve libromantes, un brujo, un bardo y un alquimista. Todos, excepto dos, hacía tiempo que estaban muertos, pero la organización había crecido con los siglos, y ahora contaba con entre cuatrocientos y quinientos miembros en todo el mundo.

Su misión no había cambiado. Cada centinela hacía un juramento de preservar el secreto de la magia, proteger el mundo de amenazas mágicas y trabajar para expandir el conocimiento del poder y el potencial de la magia.

—Los vampiros se hacen más fuertes cada año —comentó Lena mientras examinaba la pared donde el vampiro Green Bay se había liberado, dejando expuestas las raíces. Trozos de yeso ensuciaban la alfombra.

—La culpa es de Anne Rice. Ella ayudó a todo este resurgimiento de los vampiros a finales de la década de los setenta. Luego Huff y Hamilton y algunos otros ayudaron a construirlo... —Y, por supuesto, en tiempos más recientes tenemos a Stephenie Meyer.

Las criaturas sobrenaturales venían en una de dos formas. Las de un grupo eran así de nacimiento y habían evolucionado junto al *Homo sapiens* con los que eran dones o habilidades mágicas para sobrevivir. En esos días, sobrevivir significaba ocultar su existencia, como los humanoides acuáticos de las aguas profundas del océano Pacífico o el puñado de nagás que vivían en Laos.

Pero la mayoría de estas especies eran creadas, gracias, en parte, a la libromancia. Éramos solo veinticuatro libromantes conocidos en este país, y sabíamos lo suficiente como para no meter las manos en una escena de vampiros donde podríamos quedar delante de un colmillo expuesto. Pero siempre había otros con potencial, lectores con talento natural que no entendían lo que estaban haciendo.

¿Acaso Mel se había metido en su libro y sintió los dientes del vampiro hundirse en su brazo hasta que la magia empezó a correr por sus venas? ¿O había sido convertida a la vieja usanza por otro *Meyerii*? Lena tenía

razón en que no podía haber sabido verdaderamente en qué se estaba metiendo, aunque hubiera tenido la posibilidad.

—¿Qué pasó en Dearborn? —pregunté—. ¿La doctora Shah está bien?

Lena entrecerró los ojos mientras se daba vuelta.

—Tienes compañía.

Me dirigí a uno de los exhibidores de metal y tomé una vieja novela impresa en papel barato. La hojeé hasta llegar a una página familiar, y hundí los dedos en el papel amarillento hasta que rocé el mango de cromo y acero de un antiguo y confiable revólver láser. El arma era fría al tacto, una peculiaridad del sistema interno de enfriamiento que impedía que la pequeña batería nuclear alcanzara un punto crítico.

Traté de no pensar en eso demasiado.

—¿Otro revólver? —Lena arqueó las cejas—. Parece que eres un libromante con un solo truco, ¿no?

Afuera, un hombre robusto con la frente brillante de sudor se acercaba velozmente a los escalones de la biblioteca sosteniendo con ambas manos un rifle para cazar ciervos.

—¿Todos están bien aquí?

—Estamos bien, John. —Moví el interruptor de metal del láser para apagarlo antes de deslizar el arma en el bolsillo. John y Lizzie Pascoe estaban a cargo de la peluquería del otro lado de la calle. Eran buenos vecinos, siempre dispuestos a participar y ayudar a un amigo... exactamente lo que no necesitaba en ese momento.

John mantuvo una cuidadosa distancia mientras nos observaba. Nunca me había dicho nada, pero sabía que Smudge lo ponía nervioso.

—Maldición, Vainio. Esta biblioteca sí que está dañada. ¿Qué diablos estaban haciendo? ¿Sirviendo tragos gratis a jugadores de h ockey en gira?

Me di vuelta y finalmente comencé a darme cuenta de cómo habíamos destrozado por completo el lugar. Había estantes rotos, libros sobre la alfombra, monitores de computadora rajados y mesas patas arriba. Parecía que la puerta había perdido una batalla contra un oso pardo enojado, y también la pared estaba destruida.

—Lizzie llam  a la policía cuando oyó la conmoción —dijo John.

—Gracias. —Explicar esto a la policía iba a ser casi tan difícil como explicárselo a mi jefa—. Entr  un lobo.

— Un lobo? —repitió John; su escepticismo era tan concreto como el olor a tabaco para pipa en su aliento.

—Alguien debe de haber dejado la puerta de atrás abierta anoche —continuó—. Supongo que entr  para refugiarse de la lluvia y se escondió en el sótano, acurrucado contra la caldera para mantenerse caliente. Cuando bajó a investigar, se asust .

John frunció el entrecejo.

—Y los hippies de Lansing quieren proteger a esos malditos bichos.

Dud  de que John se hubiera alegrado de saber de qué lado había estado yo durante la última batalla para mante-

ner a los lobos en la lista de especies en peligro. El Departamento de Recursos Naturales estaba en lo cierto respecto de que la población de lobos había vuelto a niveles más seguros, pero los centinelas seguían luchando para regular su caza y su matanza... y, lo más importante, para ayudar a proteger a las manadas de hombres lobo que vivían en los bosques de la Península Superior.

—No lastimó a nadie. Solo armó un pequeño lío, nada más.

—¿Un pequeño lío?

Forcé una sonrisa.

—Chocó contra unos estantes y mesas, y dio vuelta la jaula de Smudge. Asustó tanto al pobre que casi lo mató. Pero lo único que quería el lobo era escapar.

—Eres un hombre de suerte, Isaac.

—Créeme, lo sé. —Miré a Lena, que se había calzado el sable de madera en el cinturón y estaba de pie con los brazos cruzados—. Ella fue quien lo sacó.

La muchacha lo tomó como una señal y estiró la mano.

—Lena Greenwood. Oí la conmoción desde afuera. Isaac estaba tratando de defenderse del lobo con un viejo libro de ciencia ficción.

—Típico de Isaac —acotó John riendo. La miró de arriba abajo antes de estrecharle la mano—. ¿Así que fuiste tras el lobo con un palo?

—Un bokken —corrigió Lena—. Soy segundo dan en kendo y también estudié gatka, la lucha india con palos. Me imaginé que tendría más posibilidades que él.

—¿Y eres amiga de él?

—Trabajamos juntos una o dos veces, en el sur.

—Isaac no habla mucho de su vida como duende —dijo. Lena me echó una mirada de intriga.

—Así les decimos aquí a la gente que vive en el sur de Michigan —aclaré—, como debajo del puente.

Las sirenas ululaban a la distancia. Pasé al lado de John y observé la calle. Había algunos mirones, pero ninguna señal de más vampiros. Smudge se había tranquilizado, de modo que estábamos a salvo por el momento.

—¿Estás seguro de que estás bien? —John me tomó del brazo, asegurándose de hacerlo del lado que estaba lejos de Smudge—. Te ves como a dos segundos de desmayarte.

—Es por la adrenalina. —Eso y los efectos normales posmagia. Pasarían varias horas antes de que mi corazón volviera a su ritmo normal. Tardaría aún más que pasara el impacto emocional—. Solo estoy un poco conmocionado.

La policía se estaba acercando. Si comenzaba a hacer preguntas a Lena o a investigar sus antecedentes, estaría en un lío aún peor.

—Lena, ¿por qué no me esperas en mi casa? Estaré allí tan pronto como termine con esto. Estoy en Red Maple Drive, en el borde este de...

—Lo sé. —Me dio un abrazo rápido que probablemente le pareció espontáneo a John. Entrelazó los dedos detrás de mi cuello, y su aliento me hizo cosquillas en la oreja—. Ten cuidado esta vez. Mantén a Smudge y tus libros cerca y cuídate las espaldas.

Saludó con la cabeza a John y bajó saltando los escalones, luego caminó hacia la motocicleta estacionada calle arriba. Guardó el sable de madera en un estuche atado al lado de su moto, se puso un casco verde y se marchó.

John me sonrió con complicidad.

—Has estado ocultándolo, muchacho. ¿Cuánto hace que tú y ella...?

—Lena es solo una amiga. —Una amiga que casi no conozco, y no había visto en varios años. Una cuyo aroma a madera se quedaba agradablemente en mi nariz. Todavía podía sentir el calor de su cuerpo presionado contra el mío.

—Por supuesto, porque todos mis “amigos” me abrazan así.

—¿Celoso? —pregunté.

—Sí, señor. —John sonrió y miró por sobre el hombro, como para asegurarse de que esposa no lo hubiera escuchado.

—Sabes, quizá no quieras estar aquí con un rifle cuando la policía comience a hacer preguntas —sugerí.

Se rio y trabó el cerrojo de su arma, haciendo saltar una bala, que deslizó en el bolsillo de su camisa.

—Avísanos si necesitas algo —agregó mientras salía—. Puedo hablar con mi hermano para que arregle esa puerta si quieres. Es un gran carpintero, aunque voy a negarlo si le cuentas que dije eso.

—Gracias, John. —Me dirigí de nuevo hacia adentro cuando el automóvil de policía bajaba la velocidad delante de la biblioteca con las luces encendidas. Me estiré para

acariciar la pelusa del lomo de Smudge y luego lo puse de nuevo en su jaula. Apenas me alcanzó el tiempo para disolver la pistola láser en su libro antes de que el oficial de policía golpeará el marco de la puerta.

Apenas lo escuché. Otros libros me llamaban desde los estantes, y sus susurros desoídos durante largo tiempo me resultaban tan dulces y seductores como los dedos de Lena recorriéndome el cuello. Había muchas cosas en esas páginas que hipnotizarían a la policía y a mi jefa, y me permitirían huir de las inevitables preguntas y regresar a casa a descubrir qué demonios estaba sucediendo.

—Señor, ¿está bien?

Me aferré al borde del escritorio y asentí. Usar la magia para proteger mi vida era una cosa, pero la emergencia había pasado, al menos por el momento. Cuando les di la espalda a los estantes, sentí la misma dolorosa desesperanza en mi interior que había experimentado dos años atrás después de alejarme de todo lo vinculado con la magia.

Prometeo había robado el fuego de los dioses y había sufrido las consecuencias. Yo había devuelto el regalo de los dioses, y el precio había sido mis sueños.

—Estoy bien. —Obligué a esos recuerdos a volver atrás y me dirigí a hablar con el policía y su compañero.

Durante el resto del día, recité esencialmente la misma historia que le había contado a John, mientras los transeúntes miraban y cuchicheaban desde la vereda. Un camión de bomberos apareció en un momento con las sirenas ululando.

Escuché lo suficiente para saber que tenía que agradecerle a la señora Trembath por eso.

—Mandaremos a alguien del Departamento de Recursos Naturales para que vea el sótano —dijo otra oficial mientras salía de la biblioteca—. Tal vez quiera llamar a un exterminador también. Encontramos algunos pequeños agujeros en esos tacos cerca de la puerta.

Tragué saliva al recordar el comentario de Lena sobre que su sable vivo echaba raíces.

—Gracias.

—¡Isaac! —El grito provino de una mujer de más de cuarenta años que estaba subiendo por la vereda.

—Esa es mi jefa —le expliqué a la mujer policía—. ¿Le molesta si voy a informarle?

—Buena suerte —me respondió con una sonrisa compasiva.

Jennifer Latona se había mudado a Copper River poco antes que yo, para reemplazar al director de la biblioteca que se había jubilado. Sin embargo, no estaba del todo cómoda con la vida en una ciudad pequeña, y parecía, a menudo, que estaba tratando de demostrar su valor.

Subió las escaleras y empezó a ver todo a su alrededor. Los peldaños le daban casi treinta centímetros de altura más que yo.

—La policía me dijo que entró un lobo en mi biblioteca.

—Nadie salió herido y la compañía de seguros debería cubrir los daños.

...Mientras nadie descubriera quién había hecho esto de verdad. Pocas pólizas cubrían los actos de vampiros.

—Entró un lobo. En mi biblioteca. —Se pasó los dedos por el cabello desordenado.

—La araña no parece tan mala ahora, ¿no?

Ese comentario me ganó una mirada de desaprobación. Me salvó un bombero que, al pasar, comentó:

—Podría haber sido peor, ¿no? Hace ocho años un oso entró en el negocio de la esquina, calle abajo. Se dio un atracón de chocolate y destrozó la máquina para hacer granizados.

—Quiero puertas nuevas en este lugar —dijo Jennifer con firmeza—, puertas de acero con cerrojos.

—John dijo que su hermano podía hacer el trabajo. Lo llamaré. También puedo empezar con el papeleo del seguro, si quiere.

Asintió mirando la biblioteca como si tratara de que el daño se arreglara por sí solo. Había una bruja en El Salvador que podría haber hecho exactamente eso, pero cobraba demasiado para este tipo de trabajo.

—Sería más fácil si trabajara desde casa...

—Entró un lobo en mi biblioteca.

Lo tomé como una autorización. Un minuto después, Smudge y yo estábamos en mi camioneta acelerando hacia casa, hacia Lena, y con suerte, hacia algunas respuestas.

Todos los libromantes que conocía tenían una cosa en común: eran soñadores.

Por supuesto, muchos niños imaginaban cómo sería ser Superman o Wolverine, o intentaban en secreto usar la fuerza acerca de la que hablaban los jedi para levantar un autito de juguete, pero nosotros nos obsesionábamos con estas cosas. Noche tras noche durante mi infancia, me había quedado despierto pensando si la visión cálida podía ser dirigida con suficiente precisión como para matar un mosquito o si un sable de luz podía modificarse y recargarse a través del tomacorriente de la pared. Fantaseaba sobre lo que haría si en algún momento pudiera desarrollar superpoderes. Si pudiera volar, ¿qué problemas mundiales resolvería primero?, ¿adónde iría cuando necesitara apartarme de todo? (Había decidido en ese caso construir mi propia base lunar privada).

Algunos niños superan estas cosas al crecer. Mis sueños solo se habían vuelto más complejos. En la escuela secundaria no podía leer una lección de historia sin preguntarme cómo Batman habría desbaratado el asesinato del archiduque Francisco Fernando o si un solo viajero del tiempo con un láser y una armadura de alta tecnología podría haber cambiado el curso de la batalla de Chickamauga.

Imaginen pasarse toda la vida anhelando ese tipo de magia... y descubrir que era real.

Imaginen descubrir que esa magia, como muchas otras cosas, tenía un precio. Con reglas y límites, y adultos que me vigilaban. Era como despertar a un niño la mañana de Navidad, mostrarle una montaña de brillantes regalos y

luego decirle que solo podía abrir tres o, si no, Papá Noel lo golpearía y lo metería dentro de su propia media.

Aprendí que nunca había querido verdaderamente ser un superhéroe. Ah, lo imaginé, por supuesto. De niño, pensaba en burlarme de los prepotentes y luego reírme de ellos cuando se lastimaran los puños y los pies contra mis músculos duros como rocas. A los trece años, construí una fantasía tras otra en las que mis poderes me permitían salvar a Lenny Johnson de diversos peligros, y cómo ella podía expresar su agradecimiento una vez que la hubiera trasladado volando a un lugar seguro...

Pero lo que quería de verdad, con lo que soñé de adulto, era la magia en sí misma. Entender sus reglas, su potencial... Había estudiado con varios investigadores de los centinelas, pero uno no podía convertirse en un investigador completo sin primero servir un tiempo en el campo. Y uno no podía trabajar en el campo si perdía el control de su propia magia.

Un fuerte bocinazo me devolvió a la realidad y volví a prestar atención. La luz del semáforo estaba verde y no me había dado cuenta. Me sonrojé al acelerar para cruzar la intersección, haciendo con la mano un gesto de disculpa al conductor que estaba detrás de mí.

Después de dos años, todavía podía oír las palabras de Nicola Pallas, con tanta claridad como si ella estuviera sentada a mi lado en la camioneta. Nicola era la maestra regional de los centinelas, esencialmente una gerente intermedia de la magia, aunque un gerente promedio no pasaba

su tiempo libre tratando de cruzar caniches franceses con chupacabras.

—Retírate del campo, Isaac. —Había conducido desde su estancia en Illinois para encontrarse conmigo. Su voz era inexpresiva, como si estuviera discutiendo de qué color pintar la sala en lugar de mi futuro en los centinelas—. Hemos decidido ponerte en un puesto de escritorio como catalogador, si te interesa. Creo que te irá bien ahí, pero ya terminaste con la tarea de campo.

En otras palabras, había terminado con la magia. Me estaba pidiendo que diera la espalda a la alegría y el asombro y la maravilla, que dejara esas cosas a personas con mayor autocontrol. Me recordaba haciendo muecas, mi cara seca y rígida, parcialmente curada de las quemaduras.

—¿Cuál es mi otra opción?

Frunció ligeramente el ceño al mirarme.

—No me entendiste. Esto no es una opción.

La parte más exasperante era que tenía razón. Yo era un excelente catalogador, que veía el potencial mágico de cada libro que leía. Pero ya no podría acceder a esa magia.

Cuando llegué a mi casa, esa estructura de un piso con techo de metal y lados de aluminio que necesitaban desesperadamente una limpieza, divisé la motocicleta de Lena estacionada en el borde del camino de entrada de tierra. La Honda de color verde pino y negro brillaba de limpia. Tenía una hoja de roble de color plateado en el costado y el casco de Lena colgaba en la parte posterior.

Apagué el motor y tomé la jaula de Smudge. Estaba lo suficientemente relajado como para terminarse hasta el último caramelo, lo que me dejó tranquilo.

Un par de ardillas abandonaron el comedero de pájaros y corrieron a las ramas cuando me acerqué al escalón de adelante. Chillaron enojadas contra mí mientras abría la puerta y entraba.

Sobre la mesa había una lata vacía de Mountain Dew y una nota. Me había olvidado de darle a Lena la llave, pero eso obviamente no la había detenido. Leí la nota: “Vuelvo pronto. Cuídate, que no te maten. L”

Les había comprado la casa a mis padres poco después de mi reubicación. Ellos se habían mudado a Nevada cuando mi padre consiguió una oferta de trabajo de una de las minas de plata, pero el mercado inmobiliario deprimido les había imposibilitado vender este lugar. Tardé seis meses completos en dejar de pensar en mi hogar como la casa de mis padres.

Puse la jaula de Smudge sobre la mesada de la cocina y entré en la sala, que había convertido en mi biblioteca personal. Estanterías de madera de cerezo desde el piso hasta el techo cubrían tres paredes. Había un sillón reclinable ajado en un rincón, junto a la puerta corrediza de vidrio que daba al jardín de atrás. La cerradura de esa puerta se había roto hacía años, pero un palo de escoba atravesado impedía que alguien desde afuera la abriera.

Cerré los ojos y sentí el tironeo de los libros. Este era mi refugio, mi Fortaleza de la Soledad. Estar de pie en este

ambiente silencioso, rodeado por paredes de libros, era por lo general suficiente para tranquilizar mi mente más allá de lo estresante que se pusieran las cosas... pero no hoy. Hoy los libros me llamaban.

Cada uno de ellos era una puerta de entrada a la magia que esperaba ser abierta.

Me obligué a alejarme, a volver a la cocina a buscar el periódico de la mañana. Deslicé una hoja tras otra dentro de la jaula de Smudge, presionándolas sobre la grava. Smudge trató de escabullirse, pero lo empujé de vuelta.

—Lo siento, amigo. Necesito trabajar con seguridad.

Trasladé la jaula al pasillo, directamente debajo del detector de humo. Una vez que estuvo en el lugar, tomé una bolsita de hormigas cubiertas con chocolate del refrigerador y arrojé algunas adentro. Las merecía por ayudar a detectar un vampiro y necesitaba las calorías después de todas esas llamadas.

Con mi alarma de seguridad improvisada lista y satisfecho, me retiré a mi oficina. Más libros esperaban allí, guardados en el escritorio debajo de la ventana, libros de tapa dura y blanda, encimados como una especie de Tetris literario a la espera de ser puestos en un estante.

Traté de llamar a Pallas primero, pero no respondió. Dejé un mensaje vago sobre “problemas en el trabajo”; luego traté de contactar a Ray Walker, el archivero de East Lansing y mi antiguo mentor. Su teléfono celular saltó directamente al correo de voz y desistí de llamar a su tienda después del duodécimo timbre. Miré el teléfono mientras

trataba de decidir a quién llamar, cuando la puerta crujió detrás de mí.

Pegué un salto; mi corazón latió con fuerza. Lena se inclinó en la puerta, con sus sables mellizos debajo de un brazo. Era evidente que la situación le resultaba muy divertida.

—¿A esto llamas cuidarte las espaldas? —preguntó.

Ignoré la burla.

—¿No perdiste una de esas espadas en la biblioteca?

—Hice una nueva. —Entró y estudió la oficina. Su mirada se detuvo en una impresión enmarcada del trasbordador espacial *Columbia* en su lanzamiento original de 1981, firmada tanto por John Young como por Robert Crippen, el comandante y el piloto de esa primera misión—. Los árboles me dijeron que estabas de regreso.

—¿Los árboles?

—Estaba trabajando en el gran roble que está en tu jardín trasero. —Me dio un medio abrazo—. Hablan entre sí. Puedo observar toda la casa a través del sistema de raíces, si me hundo lo suficientemente profundo en el corazón del árbol.

Esa simple declaración desató una cascada de preguntas en mi cabeza. Sabía que Lena tenía que regresar a su árbol, y que muchas de sus habilidades sobrehumanas venían de esa conexión. La fuerza del árbol era la suya. No era invulnerable, pero las raíces de un árbol podían romper el cemento y la piedra. Lena podía hacer algo bastante parecido.

Pero no sabía nada de lo que sucedía cuando entraba a un árbol. ¿Cómo podía percibir lo que pasaba afuera? ¿Esos

sentidos se debilitaban con la distancia? Si esa conexión pasaba a través de las raíces a otros árboles, ¿tenían que ser todos de la misma especie? ¿Algunos árboles eran más favorables para la magia que otros?

Me arrastré de regreso a preocupaciones más inmediatas, comenzando por:

—¿Cómo entraste?

—Trabaste la puerta trasera con un palo de madera.

—Hizo unos giros con uno de sus sables, que pasó muy cerca del escritorio—. Eso no funciona demasiado bien contra mí.

—Entonces, ¿este es el momento en que me explicas lo que está sucediendo?

—Primero, la comida; después, las preguntas. No quise incursionar en tu refrigerador sin autorización, pero ahora que estás aquí...

Lena y yo teníamos diferentes definiciones de “comida”. Arrojó la chaqueta sobre una silla, tomó una botella de dos litros de Cherry Coke y un viejo cartón de helado de menta con chispas de chocolate. Busqué un bol y una cuchara, y se los ofrecí sin decir palabra. Ella tomó la cuchara, la tiró sobre la mesa y sacó una bolsa de confites del bolsillo de su chaqueta.

—Eres peor que Smudge —dije observándola esparcir los dulces sobre el helado.

Metió la cuchara en la mezcla con una sonrisa casi feroz.

—Podría decirse que tengo un buen metabolismo.

Me quedé de pie.

—¿Y?

—Este no es el primer ataque contra los centinelas.
—Bajó la cabeza y una cascada de cabello negro le cubrió la cara—. Hace unos días, me enteré de que Victor Harrison había sido asesinado.

—Maldición.

Victor era un hombre modesto, extraño. Era brillante, pero yo no tenía idea de cómo alguien de tan buen corazón había logrado hacer el trabajo de campo. Era uno de los pocos que podía hacer que la magia y las máquinas funcionaran bien juntas. Había construido el servidor de los centinelas desde cero, agregando capas de seguridad tanto comunes como mágicas.

Tres años atrás, una desafortunada mujer se había acercado mucho a hackear nuestros sistemas. Ahora disfrutaba de su nueva vida como serpiente de jardín...

Una de las tretas favoritas de Victor era programar su grabadora de video para que grabara y reprodujera espectáculos que no saldrían al aire durante seis meses. Se suponía que iba a enviarme la siguiente temporada de *Doctor Who*.

—¿Cómo fue?

—Lo torturaron hasta morir en su propia casa. —Lena clavó la cuchara en el helado. Tenía los hombros tensos—. Llamaron a Nidhi a Columbus para que ayudara a examinar la escena. La casa era un desastre, con paredes destruidas, ventanas rotas y sangre por todas partes. Dio una buena pelea, pero no fue suficiente.

—Espera... ¿qué tan buena? —Cualquier conflicto mágico serio habría atraído la atención.

Lena me sonrió con tristeza.

—Exactamente. Por lo que podemos intuir, su televisión incineró al menos un vampiro, ya que había creado un canal extra para que emanara una explosión de luz ultravioleta a través de la pantalla. Nadie pudo entender exactamente lo que había hecho con su triturador de basura, pero encontraron sangre y un colmillo allí. Debería haber sido más que suficiente magia para alertar a los centinelas y convocar a uno de sus autómatas para investigar, pero eso no ocurrió. Nicola Pallas se enteró del ataque por el noticiero.

Eso significaba que los centinelas no habían sido los primeros en llegar. La mayoría de los oficiales de policía que había conocido eran personas decentes, pero no estaban equipados para este tipo de investigación y no sabían cómo evitar contaminar la evidencia mágica.

—El siguiente ataque fue similar —continuó Lena—. Un alquimista en el norte de Indiana. Los centinelas piensan que los vampiros también podrían estar detrás de la muerte de una telépata en Madison hace unos seis meses. Esa vez, torturaron a toda su familia antes de matarla.

Madison... esa debió de haber sido Abigail Dooley. Recordé haber escuchado acerca de su muerte, pero no me había enterado de los detalles. Se había retirado hacía tiempo y tenía un buen pasar conseguido a través de visitas ocasionales al casino.

—¿Por qué castigar a su familia? Ella estaba fuera del juego. No sabía nada digno... —Darme cuenta me hizo

sentir mal—. La estaban torturando. Así ella escuchaba los pensamientos de su familia a medida que iban muriendo.

—Eso es lo que supuso Nidhi también —afirmó Lena con voz apagada.

Tres asesinatos.

—¿Por qué no me enteré de esto antes?

—Yo no soy una centinela. Tendrías que preguntarles a ellos. —Lena miró la mesa, pero era obvio que no la estaba viendo—. Hubo dos ataques más ayer —agregó lentamente—. El primero fue contra Nidhi Shah.

Y Lena era la guardaespaldas de la doctora Shah.

—¿Está bien? —En el mismo momento en que pregunté, vi la respuesta en su cara.

—Había cuatro vampiros. Me vi obligada a matar al primero. Detuve a otro, pero encontraron mi árbol. Lo tiraron abajo. Nunca sentí un dolor tan intenso antes. Traté de luchar, pero como mi árbol murió...

—Lo siento. —Las palabras parecían totalmente inadecuadas, pero hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza—. ¿Y tú... sin tu árbol...?

—Ya sobreviví a la pérdida de un árbol una vez. —Miró más allá de donde estaba yo, con los ojos húmedos—. Pasa bastante tiempo hasta que la vida abandona por completo a un árbol caído: las hojas se marchitan y caen, la madera se seca y se agrieta, los insectos perforan la corteza... —Se estremeció—. Necesitaré encontrar un nuevo hogar para

esa parte de mí, pero por hoy me servirá tu roble. No es lo mismo, pero es suficiente.

Por una vez, logré suprimir todas las preguntas sin tacto sobre su naturaleza.

—Arruinaron mi jardín también —dijo, distante—. Arrancaron mis rosales y mis parras. Supongo que tenían miedo de que pudiera usar las plantas como armas. —Revolvió con la cuchara ablandando el helado—. Nidhi me gritó que me fuera. Me arrastré hasta el árbol más cercano que era suficientemente grande para sostenerme, un arce de treinta años. Me quedé solo lo suficiente para no seguir a mi roble a la muerte, pero, cuando salí, hacía rato que se habían ido.

Me había reunido con la doctora Shah varias veces, aunque rara vez por elección. Entendí la lógica de hacer que personas que deformaban la realidad de manera regular se entrevistaran con un psiquiatra profesional, aunque, viendo cómo había resultado eso para mí, mis sentimientos hacia Shah eran, como mínimo, encontrados. Pero nada de eso importaba ahora. Solo podía imaginar lo que Lena debía de estar sintiendo. Por lo que sabía, la doctora Shah era lo más cercano a una familia que tenía.

—Hiciste todo lo que pudiste.

—No estaba el cuerpo. —Los dedos de Lena se hundieron en la madera de la mesa mientras hablaba—. La única sangre que pude encontrar era mía y de uno de los vampiros. No sé adónde fueron o por qué se la llevaron. Quizá ya está muerta... o la hayan convertido. Así que busqué la ayuda más cercana que podía encontrar.

—En estos días soy apenas un catalogador. —Si los vampiros querían convertir a Shah, quizá tuviera una oportunidad. Para algunas especies, el proceso podía llevar días. Pero ¿por qué torturar y matar a otros y no a ella?—. ¿Qué están haciendo los centinelas al respecto?

—No lo van a decir. Son un club exclusivamente para humanos, ¿recuerdas?

La culpa me hizo apartarme, aunque no tenía control sobre nuestras políticas.

—¿Quién fue la segunda víctima?

Dudó.

—Lo siento, Isaac. Encontraron el cuerpo de Ray Walker anoche.

La psicología popular describía cinco etapas para el duelo. Pasé por las cinco en menos de un minuto mientras luchaba por aceptar la muerte de mi amigo.

Walker no era un peligro para nadie. No había motivos para que un vampiro estuviera tras él... pero no había mentira en la mirada de Lena. Se me tensionó el cuerpo; los puños, apretados; el estómago, en un nudo. Mi mente recorrió su catálogo buscando la magia que me permitiera recuperar a mi amigo. Pero los libros con ese poder estaban encerrados con llave, y tratar de revertir la muerte solo significaría ganarme el exilio de los centinelas.

Me hundí en una silla y me pasé la mano por la frente.

—¿Cómo?

—Como los otros.

Ray Walker me había introducido en el mundo de la magia. Los centinelas me encontraron cuando estaba en la escuela secundaria y se ocuparon de que asistiera a la Universidad Estatal de Michigan, donde pude trabajar con Ray. Durante cuatro años, pasé todas las noches libres en su librería o en su apartamento, leyendo textos manuscritos sobre magia, examinando artefactos y discutiendo las posibilidades de la magia.

Ray me había recomendado personalmente para un puesto de investigación en Die Zwelf Portenære. Me había dado un propósito y una meta. Cuando lo arruiné todo, me ayudó a conseguir mi trabajo aquí. Si bien nunca había dicho nada, no me quedaban dudas de que había argumentado a mi favor para lograr que Pallas no me diera directamente un puntapié.

Sonó mi teléfono celular. Lo saqué del bolsillo. El identificador de llamadas decía DESCONOCIDO. Mis dedos se movieron mecánicamente para aceptar la llamada y puse el teléfono junto a mi oreja.

—¿Isaac? ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

Reconocí el débil acento de Nueva York de inmediato.

—¿Tres vampiros trataron de matarme esta tarde y ahora me entero de la muerte de Ray? ¿Qué diablos está pasando, Deb? ¿Por qué los centinelas no están haciendo algo?

Deb DeGeorge era una compañera libromante y bibliotecaria, pero mientras yo trabajaba en una pequeña biblioteca

pública, ella tenía un puesto en la Biblioteca del Congreso en Washington D.C. Tenía un par de títulos de maestría, hablaba y leía cinco idiomas y podía escupir obscenidades en seis más, y describía su profesión como “catalogadora de cosas raras”.

—Siento lo de Ray, querido. Me enteré hace unas horas. ¿Dijiste que te atacaron? Los vampiros...

—Son ceniza.

Resopló con descreimiento.

—¿Tres vampiros? Maldición, Isaac.

—Tuve ayuda. Lena Greenwood apareció e hizo su acostumbrada destrucción. Deb, no pude contactarme con Pallas tampoco.

—Está viva —aclaró rápidamente—. ¿Has oído lo de Harrison? Quienquiera que lo haya matado encontró una forma de desbaratar los hechizos que hacía para proteger nuestras comunicaciones. Todavía estamos trabajando para asegurar todo y hasta que...

Hasta entonces, nuestro asesino puede estar escuchando cada palabra que digamos.

—Comprendo.

—No te muevas, Isaac. Pronto estaré allí.

—Pero ¿qué...?

—¡Quédate! —El teléfono murió antes de que pudiera responder.

—¿Qué dijo? —me preguntó Lena.

—No mucho, pero parecía nerviosa.

Algo grave debía de estar pasando para alterar a una mujer que había conseguido reducir a una momia chilena homicida y salir ilesa sin un rasguño.

Entre Smudge, Lena y mi biblioteca personal, deberíamos estar seguros por el momento. Miré por la ventana de la cocina. Los árboles aislaban las casas entre sí, y esta parte de la ciudad era lo suficientemente tranquila para que los niños de los vecinos a veces jugaran un set completo de tenis en el camino sin tener que mover los coches.

Lena se estiró para tocarme el brazo.

—¿Qué pasa?

—No soy un agente de campo. —Deb y los otros investigarían la muerte de Ray, descubrirían quién se llevó a la doctora Shah y detendrían a cualquiera que hubiera hecho esto, mientras yo me ocupaba del papeleo y me mantenía fuera del camino—. Pero Ray era mi amigo.

Me senté en silencio por un rato. Mis pensamientos eran frenéticos y descontrolados: saltaban del ataque a la biblioteca a Ray y las otras muertes.

—No tiene sentido —recapacité—. Los vampiros individualmente son duros, pero en una guerra abierta no tienen ni una mínima chance. Más de la mitad de ellos no pueden hacer nada durante el día y, en última instancia, los humanos los superan en número un millón a uno.

—¿Una especie de guerra civil entre vampiros? —Lena tomó la última cucharada de helado.

—Los centinelas se habrían enterado. —Aunque quizá no se hubiesen molestado en decírmelo—. ¿Ha habido ataques similares en otros países?

—No que yo sepa.

La mayoría de los vampiros estaba totalmente satisfecha de vivir en paz, pero muchos de ellos seguían siendo monstruos en su corazón. Si estaban atacando a los centinelas con impunidad aquí, no pasaría mucho tiempo hasta que otros los siguieran.

Lo que significaba que, si esto no se detenía pronto, podíamos estar en presencia de una guerra mundial con los muertos vivos.